



—¡Daia! —me sacuden. Es la voz de Anke, una de mis compañeras de habitación.

Abro los ojos, asustada, pero es noche cerrada y no la veo hasta que la ilumina un relámpago: hace una mueca espantosa, inmovilizada por el estallido de luz, y desaparece en la oscuridad. De inmediato, a la luz intermitente de otro relámpago, veo a Ina y a Rumia en el momento de saltar de las literas.

Se oyen gritos que no entiendo y carreras.

—¿Qué pasa? —Me froto la cara.

—¡Se está inundando la escuela!

—Pero ¿qué dices?

Cierro los ojos. Querría volver a meterme en el sueño del que me ha sacado Anke con sus sacudidas y sus gritos, pero no puedo y tengo que ver qué pasa ahí afuera. Busco las zapatillas a la claridad intermitente de los relámpagos y recuerdo vagamente que soñaba con mi madre. Olía a miel y a ropa limpia. Como los hologramas no huelen, y solo conozco a mi madre de verla en los hologramas de la escuela, tengo la extraña sensación de que el sueño era verdad.

Pero ya lo pensaré después.

—¡Corre! —me dice Anke, dándome las zapatillas. Me las pongo y la sigo. Salimos al pasillo. Corremos, iluminadas solo de vez en cuando por los relámpagos azulados.

Entramos en una de las habitaciones del ala derecha. Ya hay allí muchas compañeras con la nariz pegada al cristal. Podemos ver que el río baja cargado de ramas rotas, de raíces, de árboles enteros que han sido arrancados por la fuerza del agua. Algunos troncos han quedado atravesados entre los pilares del puente y han detenido ramas y otros restos vegetales hasta formar un dique. El agua ha subido y el río se ha desbordado.

El campo de juegos desaparece bajo el agua cenagosa que ya sube por la rampa, hacia la puerta de entrada.

Los gritos resuenan por el hueco de la escalera.

—¡Sigue subiendo! —grita una voz.

Salgo de la habitación y corro a la escalera. Algunas compañeras han bajado hasta el segundo rellano para comprobar el nivel del agua.

—¡No se puede salir! —grita otra chica desde abajo, con la voz quebrada por el miedo.

—¿Y a dónde quieres ir, a estas horas y con esta lluvia? —contesta desde el pasillo alguien que no ha perdido el humor.

Alguien ríe. Alguien grita. Solo los relámpagos, de vez en cuando, iluminan a mis compañeras y proyectan sus sombras enormes en las paredes del pasillo.

—¡Que alguien encienda la luz! —grita todavía alguna graciosa. Pero lo que pasa deja en seguida de tener ninguna gracia. Finalmente se encienden las lámparas de emergencia, que dan una luz amarilla y triste, y veo la cara de espanto de una de las chicas que se ha aventurado escaleras abajo.

—El agua ha llegado al primer rellano —dice con la voz quebrada—. Se están inundando todas las instalaciones...

—La cocina, los ordenadores... —continúa la voz de otra compañera.

Volvemos a nuestra habitación. Desde allí también vemos un trozo de río. Como el agua llega hasta el edificio, es como si la escuela estuviera en una isla. Los árboles arrancados pasan rozando el edificio con sus raíces retorcidas. Mientras avanzan lentamente río abajo, los relámpagos los hacen aparecer seis o siete veces, y con cada estallido de luz se ve que han avanzado un poco. Algunos pasan pegados a las ventanas, y nos alejamos de los cristales por miedo a que estallen. Otros se quedan detenidos contra los palos de la cancha de baloncesto.

A la luz intermitente de la tormenta, vemos cómo es arrastrado por la riada uno de los invernaderos, que avanza como un barco de cristal a la deriva.

En este momento tengo una extraña sensación. Siento que las piernas me pesan. Me noto la boca seca. Tengo el corazón desbocado como un caballo al galope y muchas ganas de huir, pero no sé adónde. Me cuesta respirar. Pienso que este río desbordado acabará por levantar los cimientos del edificio y se nos llevará a todas.

Y pienso que esto es el miedo.

No lo había tenido nunca.

Hemos dormido muy poco.

Ha dejado de llover en cuanto se ha hecho de día, pero el nivel del agua no ha empezado a bajar hasta algunas horas después. A las ocho y media de la mañana, cuando la escuela tendría que haberse puesto en marcha como todos

los días, hemos visto que no había nada que funcionase. La ropa limpia no ha aparecido en sus compartimentos, ni se han abierto las puertas de las duchas, ni se han encendido las luces verdes que cada mañana nos indican que las máquinas ya están poniendo la mesa y preparando el desayuno.

Salgo al pasillo. Me encuentro con otras compañeras que también van arriba y abajo para ver qué ha pasado.

—¿Alguna habitación tiene luz?

—Ni una.

—¿Habéis entrado en las aulas?

—Sí. Y nada.

En la escuela somos ciento doce chicas, repartidas en veintiocho habitaciones distribuidas a lo largo de un pasillo circular. En el centro están los talleres y las aulas. El comedor y el gimnasio están en el subterráneo que se nos ha inundado. Aún hay un segundo piso, que solamente ocupa una parte de la planta alta, con la sala de consulta y las salas de hologramas.

Me voy a buscar a Inge. Quiero saber qué piensa. La encuentro ante la puerta de la 14. En cuanto la veo, me tranquilizo, porque oigo que habla con sus compañeras sin perder la serenidad. Si ella está tranquila, yo también.

Inge se peina con los dedos, porque esta mañana no tenemos ni cepillos ni espejos. Me ve y sonrío. Hay alegría en sus ojos oscuros, bajo el arco de las cejas bien dibujadas que, con una nariz importante y unos labios gruesos, acaban de delinear esa cara que tan bien conozco. Porque es igual, o casi igual, que la mía. Somos gemelas.

—¿Vienes? —me propone—. Vamos a ver si podemos limpiar el puente.

—¿Limpiar?

—Queremos abrir el dique, a ver si conseguimos que el agua baje más deprisa.

Me apunto. Salimos de la escuela con el agua hasta las rodillas. Bajamos hasta el puente, pero en seguida nos damos cuenta de que intentar mover cualquiera de los troncos encajados entre los pilares es del todo inútil. Pese a ello, comprobamos que el agua se cuele con fuerza entre las ramas que forman el dique y, por los rastros de barro en las rocas de las orillas, vemos claramente que el agua ya ha empezado a bajar.

Es un paisaje muy triste. Donde estaba el campo de deportes hay ahora un arenal lleno de ramas y rocas. Subimos por la orilla del río, bien pegadas a la fachada del edificio, con el barro que nos atrapa los zapatos a cada paso, porque queremos ver los desperfectos en los huertos. Inge va delante y de vez en cuando se gira y ríe, divertida.

—¡Venga, que esto es muy bueno para las piernas! —grita. No sé si es un buen ejercicio, pero es verdad que es como caminar con un peso importante atado a cada pie.

Río arriba, el torrente también nos ha destrozado sin piedad los huertos y nos ha arrancado los árboles frutales.

Llego hasta donde está mi hermana. Las compañeras no se atreven a llegar hasta donde estamos, porque ya han visto las dificultades que hemos tenido. Empiezan a volver hacia la escuela. Ahora estamos solas en medio de este paisaje de desolación, hundidas en el barro hasta las rodillas.

—¿Sabes? Cuando me han despertado, estaba soñando con mamá —le digo.

—¿Y qué pasaba? —me pregunta Inge.

—No lo sé. Solo era una sensación. Solamente he podido recordar cómo olía.

—¿Y cómo olía?

—Como a miel y ropa limpia.

Inge mira a lo lejos. Me doy cuenta de que sigue las hojas y las ramas, río abajo, con la mirada. Como el barro nos atrapa los pies y nos cuesta movernos, no acabamos de mirarnos la una a la otra. Aquí estamos las dos, altas y delgadas, vestidas con pijamas blancos, en medio de la desolación. Pero no acabamos de estar juntas del todo. O sí, y pese a todo nos sentimos solas. Tan solas y tan angustiadas como las demás compañeras, aunque seamos las únicas que podamos compartirlo con una hermana gemela.

—¡Ropa limpia! ¡Sí! —dice Inge, como si lo recordara.

—¿Y miel?

—No lo sé —añade sin mirarme—. ¿Quizás pan? ¿Pan recién hecho? ¿Sabes? Me parece que son olores que nos inventamos. No creo que recordemos...

—¿El olor de mamá? ¿Y por qué no?

—Porque cuando nos dejaron en la escuela tendríamos unos dos años. Puede que tres.

—Es posible —le digo. Y me toco la cabeza—. Pero me parece que el recuerdo se ha quedado aquí para siempre.

—Daia, creo que esto —me dice, señalando ahora con la barbilla hacia el edificio— es muy grave.

Puede que yo ya lo pensara, pero el hecho de que Inge me lo confirme aún me preocupa más. Hace un rato intentaba quitarle importancia a lo que pasa. Pero ahora miro este paisaje salpicado de barro, piedras y ramas sin corteza, limadas por el roce de la riada, y es como una nueva

inundación, esta vez de un sentimiento que no acabo de entender.

Una extraña angustia. Porque de pronto pienso en los hologramas: si la escuela ha dejado de funcionar, también deben de haber dejado de funcionar las salas en las que cada chica puede reunirse con los hologramas de sus padres. Son solo imágenes, pero es todo lo que tenemos.

De pequeñas nos parecían de verdad. No sé cuándo empezamos a entender que solo eran imágenes registradas años atrás, imágenes que nunca saldrían de los espacios cerrados en los que se nos aparecían. Hologramas que no podían abrazarnos. Ahora sí: ahora somos conscientes de que no tenemos padres. Solo sus imágenes en tres dimensiones, que pueden sonreírnos y pueden animarnos, que pueden explicarnos cosas y entender lo que les decimos. Pero que no están aquí para contarnos cuentos en la cama, ni para abrazarnos cuando el mundo nos parece un lugar tan solitario como ahora, en medio de esta desolación de barro y árboles arrancados.

Es triste: a medida que nos hemos hecho mayores, los hologramas de nuestros padres han perdido buena parte de su magia y de su encanto. Ahora nos angustia que las respuestas a lo que les preguntamos en la soledad de las cabinas sean solo aproximadas. Y que haya tantas y tantas preguntas sin respuesta. Todas las chicas de la escuela tenemos entre quince y dieciséis años, y ya hace tiempo que somos conscientes de que lo que vemos cuando nos metemos en las cabinas es solo una colección de hologramas registrados hace años. Registrados quizás cuando aún éramos pequeñas y vivíamos con nuestros padres. Quizás antes de que

nos separasen. Hologramas para intentar responder a las preguntas que suponían que sus hijas les harían muchos años después.

Muchas de nosotras ya no intentamos mantener diálogos que vayan a alguna parte. Pero, aunque sepamos que solo son imágenes, son las imágenes de nuestros padres. Que sean un poco transparentes, o que no podamos abrazarlos, o que solo podamos verlos en la oscuridad de una cabina de proyecciones, no los hace menos importantes. De alguna manera son ellos, ellos y todas las cosas que habían querido decirnos antes de confiarnos a la escuela automática y dejar de vernos para siempre jamás. Y aunque solo sean imágenes y no puedan correr por el bosque con nosotras, ni hacernos cosquillas, ni acariciarnos, son todo lo que tenemos.

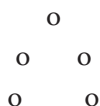
O quizás no. Inge y yo también nos tenemos la una a la otra. En la escuela no hay nadie más que tenga hermanas. Y creo que eso nos hace un poco diferentes: tenemos algo más que nos acerca a nuestros padres. Me tengo a mí, pero también tengo a una hija de mis padres, que es Inge, e Inge me tiene a mí. Y me parece que esta presencia real, que sí que podemos tocar y abrazar, es la que hace que los añoremos tanto. Los tenemos casi al alcance de la mano, pero no están. Por eso ya hace tiempo que soñamos con encontrarlos, recuperarlos, reunirnos con ellos.

A veces, cuando nos sentimos solas, o tristes, quedamos para vernos. Pero nos vemos fuera de la escuela, en un territorio que hemos hecho nuestro y de nadie más. Es nuestro secreto. Hemos ido construyéndolo poco a poco: un escondite en el bosque, aprovechando una pequeña cue-



va. Hemos hecho una pared de troncos, con una ventana que nos deja ver el río, y hasta tenemos muebles: una mesa y dos taburetes para sentarnos y conversar.

Cuando una de nosotras quiere que la otra la espere en la cabaña, nos hacemos una señal secreta que escribimos con piedrecitas sobre el camino por el que corremos: dibujamos una especie de cabaña rudimentaria con cinco piedras.



Nos gusta tener una señal que no entiende nadie más. Y disponer de un escondite que tampoco conoce nadie.

Como mi hermana corre más que yo, a veces tengo que dejarle la señal el día anterior, para que la encuentre cuando vaya delante de mí. Sí: son ganas de complicarse la vida, y sería muy fácil encontrarla un momento por el pasillo y decirle que quedamos en la cabaña. Pero si no dibujamos la cabaña de piedrecitas, la otra no se presenta a la cita. Nos gusta hacer las cosas así. Porque nuestra señal es un rastro en el camino. Una cosa real. Las piedrecitas pueden tocarse, son reales. Las palabras, en cambio, son como los hologramas: aire.

Y nosotras, en este mundo frágil de imágenes que representan padres y profesores, en este mundo de pocos abrazos y caricias, necesitamos realidades que se puedan tocar.

Los hologramas de los profesores son diferentes. Con ellos no hay tantas emociones. De pequeñas también obedecíamos y respetábamos los hologramas de los profesores como si fueran personas de verdad. No es que creyéramos que eran de carne y hueso, ni mucho menos, pero sí que los veíamos como algo diferente, especial y respetable. A nadie se le habría ocurrido nunca atravesar el holograma de un profesor sin detenerse, como si solo se tratara de aire. Nos relacionábamos con ellos como si fueran de verdad porque quizás hubiéramos querido que lo fueran.

Pero a partir de una cierta edad solo respetábamos a algunos. A los doce o trece años ya éramos conscientes de que vivíamos en un entorno artificial que no podía durarnos para siempre. La escuela era una gran máquina que algún día podía fallar. Y cada vez nos dábamos más cuenta de las imperfecciones de aquella especie de simulacro de realidad en el que nos habíamos educado.

—¿Has subido a las cabinas? —le pregunto.

Inge se muerde el labio. Sabe por qué se lo pregunto.

—Sí.

—¿Y qué?

—Y nada. Las cabinas tampoco funcionan, Daia.

—No has visto...

—No. No he visto a nuestros padres. Es muy triste, Daia.

—Quiero verlo.

—Es que no hay nada que ver, Daia.

Inge empieza a bajar hacia la escuela. Yo, con dificultades, consigo liberar un pie del barro para empezar a caminar. Y a cada paso vuelvo a quedar atrapada. Pienso

que el barro tiene la consistencia del sentimiento que me ahoga. Este barro gris, mezclado con piedras y raíces, se parece al miedo.

Algar Editorial